JUAN CARBÓ DOMÉNECH

Fue erudito alcalde de Castellón

Intelectual, Cronista Oficial de la Ciudad y creador de la Castellonenca

El 14 de abril de 1931, el día de la proclamación de la Segunda Republica, fallecía Juan Carbó Doménech y sus amadas campanas del *campanar* eran un reflejo de la vida misma, penas y alegrías, la risa y el llanto, fastos radiantes en todas partes y lágrimas por la muerte en Castellón de un patricio admirado por las gentes del pueblo.

En ese primer tercio del siglo XX, en el que han palpitado las vivencias de muchos de los personajes de estas páginas, casi nunca se ha hablado aquí de política, en busca solamente de la circunstancia humana, familiar y ciudadana. No han habido pretensiones historicistas, aunque sí me he apoyado en lecturas de excelentes autores, y veo que me he movido con naturalidad con las palabras cosieros, burguesía, la importancia del republicanismo en el arco cronológico de González Chermá a Gasset o lo que de forma emotiva y tierna me contaba don Ángel de *República Florentina,* desde su sabiduría y su visión cínica.

DOS LUMINARIAS

Aquí está hoy un ser humano de excepcionales virtudes, que tiene dos luminarias para mí. Formó parte del grupo creador en 1919 de la Societat Castellonenca de Cultura y tomó posesión como alcalde de Castellón el 1 de abril de 1922, el último antes de Primo de Rivera. Eran los años del emporio de la naranja como solución económica después del cáñamo, el tiempo en que se celebró la Coronación de la Mare de Déu del Lledó, y del ciclo de mítines políticos con excesos verbales en defensa de una sociedad liberal, socialista, monárquica o republicana. Todo a la

vez, y en el centro Juan Carbó Doménech, capaz de emocionarse por una actitud humana o de la naturaleza y de ayudar económicamente a quien lo necesitara, sin que una mano supiera lo que hacía la otra.

LA VIDA

La biografía del alcalde Juan Carbó, nacido en 1871, está ligada forzosamente a la de su padre, el mágico pintor Carbó, alumno y compañero de Oliet, autor de innumerables obras de arte a mediados del siglo XIX, pintor de un retrato de Isabel II, con calle a su nombre en Castellón, primero en la plaza de la Nieve y de la Harina, después del propio Carbó –denominación que encontramos hoy allá en una travesía de la avenida de Lidón–, y que ahora se titula pasaje del Arcipreste Balaguer. En la casa de dos *navaes* frente a la propia fachada lateral de la Iglesia Mayor de Santa María, nacieron tanto el futuro alcalde Juan, como sus hermanos Manuel, catedrático de Ciencias Naturales, y José, el primer titular de la farmacia que en la casa familiar se abrió y que después hemos ido conociendo como de José y Enrique Monerris y de Juan José y Amparo Ros, al tiempo que nacía la pollería de los Porcar, uno de los varios sobrinos de los Carbó que palpitan actualmente en la ciudad. El patriarca casó en primeras nupcias con Mariana Martínez y al fallecer ésta, con Carmen Doménech, que sería la madre de los tres Carbó de la segunda generación.

Nació en el año 1871, en Castellón.

Falleció en Castellón, el 14 de Abril de 1931.

Doctor en Filosofía y Letras y creador de la Sociedad Castellonense de Cultura y de su mágico *boletín*, en el que publicó historias y leyendas del Campanar.

Después de unos cursos en el Instituto de Santa Clara, Juan Carbó Doménech estudió Filosofía y Letras en Valencia, para volver fortalecido por un marcado republicanismo católico y de derechas, además de su condición de rentista por sus muchas propiedades rústicas y urbanas. Fue en un tiempo destacado Cronista de la ciudad y miembro fundador en 1919 de la Castellonenca de Cultura con Guinot, Carreras, Sánchez Gozalbo y Revest. Su boda con Mercedes Dávalos Segarra no fraguó con hijos, pero alumbró una nueva línea genealógica en Castellón, ya que el apellido Dávalos que aquí sembró un célebre militar murciano, depositó en la

ciudad cinco hijos, la propia Mercedes, y Ezequiel, Manuel, Lola y Enrique, cuyos descendientes han llenado nuestro censo de personajes muy significados. Al fallecer sin hijos don Juan Carbó Doménech, gran benefactor de los necesitados, dejó innumerables historias pintorescas, de las que prescindo para centrarme en la tarea municipal.

ACTIVIDAD EN EL MUNICIPIO

Ya fue concejal en 1904 con el alcalde Joaquín Peris y repitió en 1906 con Julián Ruiz Vicent, aceptando después la invitación de Salvador Guinot y Carlos González Espresati en 1907 y José Armengot Rubio en 1909, al igual que de Odilón Gironés para formar parte de la corporación municipal, hasta que en 1912 ya fue nombrado teniente de alcalde con Juan Peris Masip, que también lo repescó cuatro años más tarde, y en 1913 con Federico Bosch Tárrega así como en 1914 con Rafael Gasset hasta 1917. Durante unas semanas de diciembre de 1917, Carbó formó parte con Gimeno Michavila y José Morelló entre otros de aquel Ayuntamiento presidido por el muy significado don Fernando Gasset Lacasaña, presidente del Partido Republicano Radical, tan popular entonces.

Después, José Forcada Peris, alcalde en 1918 nombró a Carbó primer teniente hasta que el propio Juan Carbó Doménech fue elegido alcalde de Castellón el 1 de abril de 1922, con Carlos Selma y Salvador Masip como principales colaboradores, hasta que el Directorio Militar de Primo de Rivera los relegó en el mes de octubre de 1923.

Queda pues, constancia de la gran vibración política y social de una época, con cambios permanentes en la dirección de una ciudad en la que, sin embargo, era muy lenta la progresión del número de vecinos, de treinta a treinta y cinco mil en los veinte años citados. ❖

FIESTAS DE LA MAGDALENA

Citaba el profesor Sánchez Adell la conmemoración de nuestros orígenes, con actos religiosos o profanos, populares o cultos, cuyo eco nos llega por la memoria documentada, que se ha venido depurando a través de los tiempos por nuestros historiadores, Viciana y Llorens de Clavell, los religiosos Vela y Rocafort, Mundina y Balbás, los Huguet y Llinás, Gimeno Michavila y los más próximos Guinot, Sánchez Gozalbo y Revest, pero especialmente por Juan Carbó, también Cronista oficial de la Ciudad, quien resaltaba la importancia que deben revestir las fiestas de la Magdalena por su característica de recordar un pasado con alma, unos orígenes como hecho histórico, auténtico, sentido y poético a la vez.